

INTEGRACIÓN IBEROAMERICANA Y DEUDA SOCIAL

Por JOSÉ LUIS RUBIO CORDÓN

Paniberismo y pancontinentalismo

Pese a la dolorosa fragmentación del mundo ibero-americano, esta región histórico-cultural, marcada por la impronta de la acción hispano-portuguesa durante la Historia moderna de la humanidad, sigue siendo el sector humano con más razones, y más profundas —en general o, específicamente, en su lado americano— para constituir una gran unidad supranacional, y a la larga una sola nación, integrada en todos los terrenos. Manteniendo, por supuesto, su enriquecedora variedad, sin que la unidad pretenda representar la uniformación.

Decía José Carlos Mariátegui, en un trabajo del año 1924, que titulaba exactamente «La unidad de la América Indo-Española» —no olvidemos su muy acertada terminología—:

«La América española se presenta prácticamente fraccionada, escindida, balcanizada. Sin embargo, su unidad no es una utopía, no es una abstracción. Los hombres que hacen la historia hispano-americana no son diversos» (1).

(1) Mariátegui, José Carlos; «La unidad de la América Indo-Española», publicado en *Varietades*, Lima, 6 de diciembre de 1924. Recogido en *Temas de Nuestra América*, Lima, Empresa Editora Amauta, primera edición, 1960, p. 16.

Y en el mismo artículo, previamente, había señalado:

«Los pueblos de la América española se mueven en una misma dirección. La solidaridad de sus destinos históricos no es una ilusión de la literatura americanista. Estos pueblos, realmente, no sólo son hermanos en la retórica sino también en la historia. Proceden de una matriz única. La conquista española, destruyendo las culturas y las agrupaciones autóctonas, informó la fisonomía étnica, política y moral de la América Hispana» (2).

Siendo cuestionable hasta qué punto se produjo esa destrucción de las culturas preexistentes, y apareciendo como una cuestión obligada la necesidad de la recuperación para el presente y para el futuro iberoamericano de los valores de las mismas, el tema de la unidad de la América indohispana se mantiene como el gran motor histórico de una ambición integradora, que va desde los artífices de la «independencia» con Bolívar a la cabeza, hasta los más lúcidos «latinoamericanos» del presente. La unidad se presenta como la condición indispensable, tanto para el progreso interior como para la presencia con peso en el mundo. La reflexión sobre el futuro siempre llega a la misma conclusión.

Decía, ya hace medio siglo, el mexicano Brito Foucher:

«He pensado mucho en todas y cada una de las soluciones a nuestros males y sobre la política práctica para establecer el ideal de un Estado justo. Después de cavilar y pensar, he ido ordenando tales soluciones por categorías. Y, como consecuencia de esta ordenación, me encuentro con que el ideal más alto que podemos tener es el de luchar por un creciente acercamiento a los pueblos del mundo hispánico, con el objeto de crear un día, no importa que sea próximo o remoto, una gran unidad política» (3).

Si ese paniberismo debe alcanzar también a la península Ibérica —según el inicial deseo de Bolívar, ansioso de enviar también a España una fuerza «liberadora», o de establecer con ella una confederación—, o debe reducirse a los pueblos americanos de nuestra cultura, es una cuestión debatida. Pero al menos en el terreno cultural, no hay duda que las naciones peninsulares tienen una obligada presencia en la comunidad. Obligada e importante, aunque no ya la más importante, ni siquiera absolutamente imprescindible.

(2) *Idem*, p. 13.

(3) Guardo la cita, en una vieja ficha, desde entonces. Lamentablemente no tengo referencia de la fuente.

Hasta ahora, la más alta ocasión «declaratoria» en este camino de unidad ha sido la Cumbre de Guadalajara (México) el pasado año de 1991, en espera de la Cumbre de Madrid (España) en el presente año 1992. Ha sido una gran puerta, al final de un camino previo largo y costoso, pero que no es en sí más que el comienzo de otro camino, el definitivo, más difícil y quien sabe de qué duración.

De cualquier manera, si existe una unidad cultural —que se expresa en dos lenguas hermanas, español o castellano y portugués— existe igualmente un mensaje propio de validez general —universal—. Y, en cuanto que puede plasmarse en proyecto humano diferenciado, tiene una natural tendencia a plasmarse asimismo en unidad política superior, nación de naciones, tarea común en la Historia, «destino común».

Sin embargo, hasta ahora, la fuerza integradora histórico-cultural ha chocado con otra fuerza integradora —más de la «naturaleza»— geográfica (y económica): el pancontinentalismo: la tendencia a integrar políticamente —previa integración económica— a lo que está en el mismo ámbito continental, cualquiera que sean sus disparidades profundas en historia y modos culturales.

Se trata de la batalla entre el «ser» y el «estar», en la que el «ser» está siendo abatido por el «estar». El pancontinentalismo da su primer paso en el terreno económico —Zona de Libre Comercio, y más allá Mercado Común—, para irse deslizando paso a paso hacia el político. Empieza mostrando la conveniencia del intercambio libre y la protección aduanera común, y acaba afirmando la unidad de una sola patria.—Que no es la resultante de la suma de todas las preexistentes, sino algo que ocurre en la dirección de la más fuerte—.

El paniberismo, la idea de una comunidad humana ibérico-americana, está siendo desbaratada por los pancontinentalismos americanos y europeos, basados en el imperativo económico. Lo que llama Gorostiaga «teología de la inevitabilidad» (4) se impone: la economía manda, por encima de cualquier otro determinante, y manda tanto más cuanto el modelo social más se conforme al dogma liberal-capitalista y más se aparte de cualquier

(4) *La teología de la inevitabilidad*, es la gran herejía de estos tiempos de cólera. Tiempos de cólera ciertamente, pero también tiempos del Espíritu, tiempo de vida, tiempos del Sur. Tiempos de visión y de proyectos propios para que los pueblos no perezcan asfixiados por proyectos ajenos y una civilización contaminada éticamente. (Xavier Gorostiaga: *Nuevas formas de colonización en América Latina*, en *V Centenario: memoria y liberación*, Madrid, Centro Evangelio y Liberación, 1991, p. 101).

otro modelo que considere que existen intereses generales, deberes de solidaridad, por encima de las puras leyes del mercado. Cualesquiera que sean las negatividades que la imposición de ese pancontinentalismo presente, son asumidas con el argumento de la «inevitabilidad».

Desde sus inicios, el pancontinentalismo de la Unión Panamericana, y después de la Organización de los Estados Americanos (OEA), fue un instrumento útil para someter a todo el continente a los intereses de Estados Unidos. Su intención evidente fue la de congregar en torno a los intereses norteamericanos a todos los países iberoamericanos, al tiempo que se impedía la constitución de una unidad iberoamericana —o «latinoamericana»— en torno a sus propios intereses. No podía haber Unión Iberoamericana porque había Unión Panamericana. No podía haber Organización de los Estados Latino-Americanos, porque ya había Organización de los Estados Americanos.

Ahora, ese nuevo pancontinentalismo económico que formula la «Iniciativa para las Américas» lanzada por el presidente Bush el día 27 de junio de 1990, renueva con distinta cobertura literaria el viejo contenido de la Unión Panamericana —y, más allá, de la Doctrina Monroe—: un continente organizado al servicio de los intereses de Estados Unidos.

Dice el presidente Bush:

«Los tres pilares de la nueva «Iniciativa» son el comercio, las inversiones y la deuda. Para ampliar el comercio, propongo que comencemos el proceso de crear una zona de libre comercio a lo ancho del hemisferio, para aumentar las inversiones, que adoptemos medidas para crear un nuevo flujo de capital hacia la región, y para aliviar más la carga de la deuda, un nuevo enfoque hacia la deuda en la región, con beneficios importantes para nuestro medio ambiente» (5).

Pero, por supuesto, toda la filosofía de la «Iniciativa» se basa en la implementación de una política económica «ortodoxa», en la continuidad en las medidas impuestas por el neoliberalismo según los esquemas del Fondo Monetario Internacional: el «fundamentalismo» económico occidental, según el cual la implantación a rajatablas del dogma de la libertad del mercado conduce irrevocablemente a la felicidad colectiva:

«... la nueva «Iniciativa para las Américas»... crea incentivo para reforzar el creciente reconocimiento de la América Latina de que la

(5) Bush: discurso en la Casa Blanca, el 27 de junio de 1990.

reforma del mercado libre es la clave del crecimiento sostenido y de la estabilidad política» (5).

La prometedora literatura del mensaje de Bush no oculta al mismo Sistema Económico Latino-Americano (SELA) la verdadera razón de la «Iniciativa». El SELA apunta que la misma:

«... responde a necesidades económicas y estratégicas concretas de Estados Unidos» (6).

Xavier Gorostiaga, que somete a un minucioso examen a la «Iniciativa» para mostrar que sus tres pilares —comercio, inversiones y deuda— no son de interés latinoamericano sino estadounidense, precisa:

«Mantenemos la tesis de que la «Iniciativa para las Américas» es producto de la necesidad del reajuste macroeconómico de la economía norteamericana debido a su profunda recesión y a su falta de competitividad internacional. Estados Unidos necesita la creación de un megamercado continental para enfrentarse a la Europa unida y a su nueva zona de influencia económica y política en Europa del Este y al megamercado de Japón y el sur-este asiático».

«Partimos del presupuesto que la «Iniciativa para las Américas» debe analizarse, en primer lugar, desde la recesión y necesidad del ajuste macroeconómico en Estados Unidos. La «Iniciativa para las Américas» permitiría a Estados Unidos enfrentarse en mejores condiciones a su endeudamiento estructural, a su pérdida de competitividad internacional, a la expansión de su mercado a una zona de influencia privilegiada para acrecentar su seguridad estratégica y al autoabastecimiento continental de recursos naturales, especialmente petróleo, para poder mantener su hegemonía geoestratégica en base a una competitividad geoeconómica que actualmente carece» (7).

El primer «éxito» norteamericano en este camino hacia una futura Zona de Libre Comercio continental americana, es sin duda la formulación, con Canadá y México, de una Zona de Libre Comercio que englobará a toda la América del Norte. Los matices, reticencias y reservas del Gobierno mexicano del presidente Salinas de Gortari, no amenguarán el resultado positivo para Estados Unidos en esta primera concreción parcial del encadenamiento económico de todo el continente.

(6) SELA: *La iniciativa para las Américas en el contexto de las relaciones de América Latina y el Caribe con Estados Unidos*. Caracas, Sela, 1991. Citado por Gorostiaga: *Obra citada*, p. 87.

(7) Gorostiaga; *obra citada*, pp. 87 y 88 (véase nota 4).

Y, por otro lado, casi en nuestros días, apareció el pancontinentalismo europeo, con éxito espectacular. Tanto que pronto pudo pasar, de un contenido simplemente económico —libre comercio y protección aduanera común— a un designio de unidad política, de unificación de soberanías.

En ambos casos, más realizado o más en germen, se parte de una razón económica y se llega, o se acabará llegando, a una construcción política. Se empieza en el libre comercio y se acaba en la «patria común» continental. Desde ambos lados, la tesis de una comunidad ibero-americana es destruida, o reducida a una cada vez más débil comunidad cultural.

Las resistencias iberoamericanas

Casi 200 años de autodeterminación, de siembra de «complejos de inferioridad», ante el Norte —especialmente anglosajón—, han facilitado, en ambas orillas del Atlántico, el desarrollo de las señas de identidad colectiva de la comunidad histórico-cultural propia. La modernización se ha interpretado, no como un «ser/nosotros pero mejores», sino como un «ser otros». Diluir las raíces comunes para diluir la comunidad, ha sido y es tarea servida con entusiasmo por largas generaciones. Ayudada —no hay que ocultarlo— por la defensa de nuestros factores más negativos, y por lo tanto necesitados de cambio y mejora, de pretendidos defensores de lo nuclear de nuestra identidad común (8).

Sin embargo es hoy en Iberoamérica en donde crece más la esperanza en una defensa de esa identidad común, frente a la rendición peninsular casi generalizada. Las resistencias más sólidas y con ello las mayores seguridades, nos llegan del mundo indo-hispano.

El nicaragüense Xavier Gorostiaga examinaba recientemente las alternativas que se ofrecían para este mundo indo-hispano ante la «Iniciativa» norteamericana:

- 1) La de aceptar la misma y buscar en ella el mejor acomodo posible.
- 2) La de fortalecer los mecanismos de la propia integración pero sin presentar un modelo alternativo.
- 3) La de una visión y propuesta de sociedad iberoamericana alternativa, englobando, naturalmente, el camino de la propia integración.

(8) Ejemplo bien palpable en el presente: sectores que se presentan como «patriotas», «nacionales», «españolísimos», estrenan una ideología racista que es la negación más rotunda de lo que España es en la Historia frente a otros países europeos. Presentar tesis de superioridad raciales es desconocer la resultante mestiza que es España —y más aún su prolongación americana— y su eje diamantino: la «igual esencia del género humano».

Estas son las palabras precisas de Gorostiaga:

«Frente a la «Iniciativa para las Américas» se pueden presentar tres alternativas para América Latina»:

- 1) Negociar mejores términos con la «Iniciativa para las Américas» superando la falta de reciprocidad y la asimetría que el análisis de SELA presenta con claridad. Esta posición considera que la «Iniciativa para las Américas» es la única tabla de salvación ante la crisis económica de América Latina.
- 2) Fortalecer los mecanismos de la integración subregional de América Latina, integrándose por subregiones (MERCOSUR, Pacto Andino, Centroamérica y Caribe, con una relación especial con México, Colombia y Venezuela). Esta integración latinoamericana permitiría una complementariedad para enfrentarse al mercado norteamericano y canadiense. Esta segunda alternativa pretende obtener los resultados más positivos de la «Iniciativa para las Américas», diversificando la vinculación a través de la integración de América Latina y abriéndose a nuevas relaciones con la Europa unida y con el Pacífico.
- 3) Una visión y propuesta de sociedad latinoamericana alternativa. Pretende resolver las causales de la crisis económica y responder a las demandas acumuladas en la sociedad civil emergente. Busca crear la base material para el mantenimiento y profundización de una democracia participativa. Parte por tanto desde una visión propia de la sociedad, desde lo que se ha llamado la lógica de las mayorías que busca superar las «tres explotaciones históricas del trabajo, naturaleza y soberanía». La crisis de civilización... deshumanizada tanto a los vencedores como a los vencidos en el mercado y por tanto exige la recompensación de la equidad y de la simetría, incluso para que el mercado pueda ser genuinamente libre. Esta alternativa pretende reforzar las propuestas latinoamericanas de la segunda propuesta. Esta visión y propuesta implica un mediano y largo plazo. Para los años noventa lo más viable es avanzar y profundizar la integración y diversificación latinoamericana en un marco de reciprocidad y simetría. Sin embargo, también un «pragmatismo audaz» exige tener una visión societal más amplia que los marcos del mercado. La agencia latinoamericana no puede reducirse a la agenda de la «Iniciativa de las Américas» (9).

(9) Gorostiaga; *obra citada*, p. 91.

La reacción general, popular y de los organismos económicos —ya se ha señalado la del SELA— ante la «Iniciativa para las Américas» no fue de entusiasmo sino de desconfianza, salvo en el caso de algunos mandatarios políticos con quienes se entrevistó Bush en su gira americana medio año después de enunciarla (10).

La Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT), de inspiración cristiana y una de las tres centrales sindicales americanas (11), en su mensaje de fin de año de 1991, recordaba:

«La CLAT... denunció la Iniciativa para las Américas propuesta por el presidente Bush como una nueva política y estrategia de los centros de poder de Estados Unidos para hacer inviable el proyecto de la unión latinoamericana, y para imponer nuevas formas de hegemonía y de neocolonialismo sobre América Latina» (12).

Salvo el caso mexicano, los países de Iberoamérica están empleados ahora, con una energía anteriormente desconocida, en una serie paralela de integraciones económicas subregionales. Se han dado pasos decisivos —impensables hace pocos años— con el MERCOSUR —integración de Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay—, el desarrollo del Pacto Andino y el proceso de integración centroamericana. Aunque no es ésta la ocasión de examinar las formulaciones y realizaciones de los mismos, si hay que destacar que el MERCOSUR significa un paso histórico decisivo, que hará temblar de gozo a los huesos de Bolívar, en el camino de la unidad.

La simple integración de las economías de Argentina y Brasil es un paso tan gigantesco para la unidad iberoamericana como lo ha sido para la europea la de Francia y Alemania. Del éxito de este intento depende el éxito de todo el proyecto de unidad. Sobre sus costillas descansa el futuro del subcontinente. Esperanzadores son igualmente los aires de entendimiento con Bolivia y con Ecuador de la nueva política peruana. Y no menos los avances de un nuevo

(10) Véase la ponencia, presentada en el año 1991 en Pontevedra, de Gregorio Selser —recientemente fallecido—: «¿Hacia un nuevo concepto económico de Estados Unidos para América Latina? Entre la realidad y la fantasía», en *Cuadernos Americanos*, México, nueva época, número 30, noviembre-diciembre 1991, pp. 154-173.

(11) CLAT es la regional americana de la Confederación Mundial del Trabajo (CMT). Las otras dos son: la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), la tendencia pronorteamericana, y rama regional de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), y el Congreso Permanente de Unidad Sindical de los Trabajadores de América Latina (CPUSTAL), de orientación marxista y rama regional de la Federación Sindical Mundial (FSM), actualmente en profunda crisis.

(12) CLAT; comunicado de prensa: «América Latina entra en 1992 más empobrecida y más injusta que nunca», Caracas, 26 diciembre 1992.

talante pacificador y de entendimiento entre las repúblicas de la América Central.

Estos procesos integradores económicos subregionales significan la entrada en una mecánica que conducirá inevitablemente a una confluencia futura en un solo proyecto de integración regional global. Y esa integración en lo económico conducirá forzomante a una forma de integración política, a una «patria común», la soñada «patria grande». Tanto más cuanto esa idea política superior, al contrario que en Europa, es el motor que ha movido esas formulaciones económicas como un trans fondo permanente, como un florecimiento de la semilla de los ideales boliviarianos que acompañaron el proceso de la «emancipación» de la América española. Tanto más cuanto el hecho cierto de una comunidad preexistente, no inventada, es mucho más fuerte que la preexistente unidad histórico-cultural europea.

Pero esa unificación iberoamericana —o «latinoamericana»— en cuyo futuro es más que posible pensar, se encontrará de entrada con dos cuestiones a resolver:

- 1) En cuanto a su propio ámbito. ¿Qué hacer respecto a las porciones de la propia comunidad que se quedaron fuera, tanto en Europa —Portugal y España— como en América —México y Puerto Rico—, por no entrar en otros ámbitos geográficos? ¿Se mantendrá una aspiración lejana de recuperación, de reintegración? ¿O se optará, al menos inicialmente, por un refuerzo de la comunidad en su aspecto cultural?
- 2) En cuanto al contenido de la integración ¿ésta va a continuar la línea del presente, como una simple aplicación de los modelos del Norte, según sus pautas? ¿O buscará una verdadera alternativa social, una definición propia diferenciada, que ofrecer como modelo? —Es decir: ¿se va a quedar en la segunda de las alternativas de la «Iniciativa para las Américas» que señala Gorostiaga, o tomará su propio camino, adentrándose en la tercera de esas alternativas: «una visión y propuesta de sociedad latinoamericana» según su propia identidad.—

Dejando aparte ahora la primera de estas cuestiones, examinemos más detenidamente la segunda.

Proyecto indo-hispano y proyecto anglosajón

La cuestión que se debate puede formularse en los siguientes términos: el mundo indo-hispano (mestizo), iberoamericano o latinoamericano (cualquiera que sea la terminología que asuma) ¿debe producir su propia integración y su propia modernización según las pautas de los nortes ya integrados y modernizados —como el europeo y el norteamericano—, o debe buscar y

definir unidad y modernización según su propia identidad, creando su propio modelo alternativo?

La disyuntiva tiene un trasfondo histórico de muchísimo calado, y nos remonta a la disputa del mundo moderno entre una modernidad protestante-anglosajona (calvinista en su más definitoria precisión) y una modernidad hispano-católica (ignaciana en su más definitoria precisión). «Predestinación» —personas, clases razas y pueblos constitutivamente superiores frente a otras personas, clases, razas y pueblos constitutivamente inferiores—, o «libre albedrío» (igualdad esencial del género humano).

¿La comunidad iberoamericana debe acatar el «triumfo definitivo» de aquel modelo, asumiendo el «fin de la Historia» como una meta ya insuperable de la humanidad, con el asentamiento definitivo de la democracia liberal-capitalista como único modelo posible (13), o debe intentar continuar la Historia proponiendo su propio modelo social diferenciado?

Recordaba Mariátegui en el año 1928, con el profundo respeto que hacia lo religioso sentía a pesar de su marxismo heterodoxo:

«La Reforma representó, en el orden religioso, la ruptura no sólo con Roma y el Papado, sino con el orden medieval, con la sociedad feudal. La nueva reforma, si ha de venir, tendrá que surgir a su vez en abierto contraste con el orden burgués, con la sociedad capitalista. El Protestantismo ha sido y es la religión y la moral del capitalismo, del gran capitalismo. No se concibe una nueva reforma que no comience por entender esta solidaridad» (14).

Desprovista la afirmación de Mariátegui, de cualquier extremosidad —propia del tiempo en que vivió y escribió— y traída a nuestros días sencillamente como la afirmación de la superioridad de la «solidaridad» humana sobre el interés privado —lo que obliga a introducir correctivos en nombre de esa solidaridad al libre juego de las reglas del mercado, tanto más drástica cuanto más aberrantes sean las consecuencias de ese libre juego—, es el «abierto contraste con el orden burgués, con la sociedad capitalista», que presenta la opción que la doctrina católica pontificia ofrece como referencia en la hora presente (15).

(13) Fukuyama, Francis; «¿El fin de la Historia?». Difundido en innumerables publicaciones. Entre nosotros, en *El País*, Madrid, 24 septiembre de 1989.

(14) Mariátegui, José Carlos; «Camino de Santidad», por Julio Navarro Monzó, publicado en *Variaciones*, Lima, 8 de septiembre 1928. Recogido en el libro citado en la nota 1.

(15) Véase la Encíclica *Centesimus Anno*, de Juan Pablo II, de 1 de mayo de 1991. Y, en cuanto a la relación Norte-Sur, la anterior *Sollicitudo rei socialis*, también de Juan Pablo II, de 30 de marzo de 1987. Y, de Pablo VI, la *Populorum Progressio*, de 26 marzo 1967.

Si tiene un sentido, un significado con validez universal, la propuesta que brota de la identidad indo-hispana, mestiza, es precisamente su capacidad de síntesis, de integración armónica, de culturas, razas y sistemas. De aquí que no pueda aceptar la tesis del triunfo definitivo de un sistema puro, el liberal-capitalismo, tal como lo enuncian los pontífices del «fin de la Historia».

Francis Fukuyama, su máximo definidor, proclama solemnemente:

«Es posible que lo que estamos presenciando no se simplemente el final de la guerra fría o el ocaso de un determinado período de la historia de la posguerra, sino 'el final de la Historia entre sí', es decir, el último paso de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como forma final de gobierno humano» (16).

Y subraya que se ha llegado a ello, no como:

«... a un fin de la ideología o a una convergencia entre capitalismo y socialismo, como se predijo anteriormente, sino a una inquebrantable victoria del liberalismo económico y político» (17).

Este triunfo total y definitivo de la parte liberal-capitalista (supremacía de las leyes del mercado) y esta derrota total y definitiva de la parte socialista (no sólo del socialismo con omnipresencia del Estado, sino incluso del socialismo sostenedor de la simple idea de la supremacía del interés general, o «bien común», sobre el particular, y, por lo tanto, de la necesidad de la limitación a la libertad de mercado), no puede ser asimilado, aceptado, por los pueblos iberoamericanos.

Y no puede serlo por dos razones:

- 1) Porque es incoherente —no armonizable— con su propia identidad, que se define por su capacidad de síntesis, de mestizaje. Esta identidad les obliga a buscar la síntesis entre libertad económica y solidaridad económica. Les obliga a profundizar en la democratización para no reducirla al terreno político, para llevarla al terreno social. Como les obliga a rechazar cualquier modelo socialista de concentración de la economía en manos del Estado. Les obliga a enfrentarse con el «fin de la Historia», para continuarla por una vía integradora, no parcializante, frente a la proclamada victoria irreversible de un liberal-capitalismo puro que implica un camino de regresión: hacia el capitalismo salvaje —por

(16) Véase la nota 13.

(17) Tokman, Víctor E.; «Pobreza y homogeneización social. Tareas para los 90», en *Pensamiento Iberoamericano*, Madrid, CEPAL-ICI, núm. 19, enero-junio 1991, p. 82.

lo menos en el terreno internacional—, hacia la imposición excluyente de lo occidental.

- 2) Porque la experiencia vivida en Iberoamérica en los últimos años, especialmente en la «década perdida» de los años ochenta, primero con regímenes dictatoriales y después con restauraciones democráticas, por haberse forzado en ambos casos la adopción «salvaje» de políticas económicas neoliberales, cualesquiera que hayan sido los logros «macroeconómicos», han significado un empobrecimiento drástico de los ya más pobres. En la decena que ha contemplado esperanzadamente la recuperación democrática casi total de Iberoamérica, se ha llegado a una situación en la que el 37 % de las familias está situado por debajo de la línea de pobreza —no puede cubrir sus necesidades básicas— y el 17 % está situado por debajo de la línea de indigencia —no puede cubrir sus necesidades de alimentación—. El total de la población pobre en América Latina pasó de 112.000.000 a 183.000.000 de personas. El latinoamericano que hoy es un 8 % más pobre que el del año 1980 (18). Como el reparto de la riqueza —o de la pobreza— es cada vez más injusto, esta cifra global muerde más duramente en las capas más pobres. Cada año, la «deuda social» contraída con estas capas es más lacerante, y sería más escandalosa si se la dedicara, en vez de silenciarla, la décima parte de atención que se dedica a la «deuda externa».

Vamos a analizar someramente como se produce esta «deuda social» que es de urgente justicia saldar, rompiendo el actual esquema «ortodoxo» neoliberal, cualquiera que sean los «logros» macroeconómicos de algunos países, conseguidos porque esa silenciada «deuda social» sirve para pagar la famosa «deuda exterior» e incluso para seguir incrementando los beneficios de una minoría en plena época de crisis.

Economía «ortodoxa» y empobrecimiento popular

Iberoamérica, reinsertada en el modelo político democrático, vive una creciente decepción popular: la libertad política no ha significado el fin del sacrificio de las clases populares. Las mismas fórmulas «dictatoriales» de neoliberalismo a rajatabla se siguen aplicando bajo los nuevos regímenes «democráticos», con resultados crecientemente catastróficos para los sectores pobres. Las recetas que se ofrecen —y se imponen— desde el

(18) CEPAL; *Balance preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe: 1991*. Presentado por Gert Rosenthal, secretario ejecutivo de la CEPAL, Santiago de Chile, núms. 519/520, diciembre 1991, cuadro 1, p. 38.

Norte, desde los centros económicos decisivos, insisten en más dosis de la misma medicina. El presidente norteamericano Bush, por ejemplo, insiste en que es una «noción cerrada» la de que «la economía de una nación necesita protección para poder prosperar», pues, por el contrario, «el mercado libre genera prosperidad».

Son las mismas definiciones ideológicas de librecambio que sembró Inglaterra en los recién «independizados» países de la América ibérica a comienzos del siglo pasado para abortar su posible crecimiento económico autónomo, su posible industrialización, y para constituirlos en neocolonias sometidas a su Organización Internacional del Trabajo (OIT). Las mismas definiciones ideológicas que Inglaterra no consiguió imponer a los recién independizados Estados Unidos, que supieron muy pronto unificarse y protegerse tras una barrera arancelaria común de la penetración de las manufacturas británicas, lo que permitió a aquella nación «poder prosperar» (19).

Como ha señalado el economista Ugo Pitipone, frente a la tesis antiproteccionista de Bush:

«Desde el siglo pasado todos los países que pudieron vencer exitosamente las inercias del atraso económico lo hicieron sobre la base de un proyecto nacional enfrentado conflictualmente al orden económico internacional. Estoy pensando en Estados Unidos hamiltonianos, en el Japón de la dinastía Meiji, en la Alemania del Kaiser Guillermo, en la Italia de Giolitti enfrentada a la guerra económica con Francia. Estas experiencias no pueden ser asumidas como modelos absolutos, pero su olvido es un error peor» (20).

Para este autor, si América Latina quiere rectificar y reactivar su crecimiento:

«La moraleja es obvia: del atraso no se sale adaptándose pasivamente al orden mundial que contribuyó a crearlo» (21).

El camino que ahora va a seguir México, y que la «Iniciativa» de Bush propone prolongar a todo el continente en el futuro, se ha montado sobre

(19) El presidente norteamericano Grant respondió a unos industriales manchesterianos que le pedían la adopción del libre comercio internacional diciéndoles que, efectivamente, eso harían Estados Unidos cuando pasado un siglo tuvieran el mismo nivel económico e industrial que Gran Bretaña.

(20) Pitipone, Ugo; «Globalización y atraso», en *La Jornada*, México, 5 marzo 1991, p. 19. Citado por Selser en el trabajo a que hace referencia la nota 10, p. 166.

(21) *Idem*, p. 167.

una «sobreexplotación» de la fuerza laboral mexicana. Como destaca Gorostiaga:

«El pacto social que permitió la estabilidad política en México después de la Revolución se ha roto en el fraude electoral y con las políticas del gobierno de Salinas que han implicado que los salarios se hayan reducido de un 40 % del PIB en 1976 a un 23 % en el año 1990. La sobreexplotación del trabajo, la naturaleza y la soberanía en el marco de un llamado mercado libre, pueden ser los resultados para todo el continente si no se consigue el balance que se propone en la segunda y tercera alternativas» (22).

(Gorostiaga se refiere a las tres alternativas ante la «Iniciativa» norteamericana reseñadas anteriormente.)

La decepción ante la democracia política con neoliberalismo económico no podrá ser superada sin una profundización de la democracia que muestre que la teórica distribución igualitaria del «poder» se traduce en una palpable redistribución progresivamente niveladora en el «tener».

Ello significa un vigoroso golpe de timón que ponga contención y limitación en la «ortodoxia» neoliberal e inicie una política redistributiva. Es decir, parar en seco e invertir el sentido de la marcha: empezar a enjugar la «deuda social» creada en los últimos tiempos, dar al pago de esta «deuda social» prioridad sobre el pago de la «deuda externa». Lo que no debe hacer olvidar el paralelo esfuerzo económico para crecer.

La «deuda social» iberoamericana

Examinemos los datos concretos de la situación a que se ha llegado, tras esta «década perdida» de los años ochenta, coincidente con la aplicación más intensa de las políticas económicas neoliberales.

Según la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL), en su último informe, de diciembre del año 1991 (23), América Latina, después de un crecimiento del PIB en el año 1990 de sólo el 0,3 %, en el año 1991 alcanzó el 3,0 %; pero, aún así, el PIB de este último año sólo alcanzó el 116,3 % del año 1980. Y en cuanto a lo más significativo, el PIB por habitante, después de un crecimiento negativo en 1990 (del -1,7 % respecto al año anterior) pasó a ser ligeramente positivo en 1991: el 0,9 %. Pero, aún así, el PIB por habitante en el año 1991 sólo resultó ser el

(22) Gorostiaga; *obra citada*, p. 93.

(23) CEPAL; véase nota 18.

91,9 respecto a una base 100 en el año 1980. Prácticamente, el latinoamericano medio es un 8 % más pobre que en 1980.

Los datos económicos globales han mejorado en el año 1991 como no lo hacían desde años atrás. Pero ¿cómo se ha distribuido esa ligera mejoría? ¿Sobre qué espaldas ha descansado el avance?

Aquí entramos en una lamentable comprobación: la leve mejoría no significó ninguna mejora para los sectores populares: se concentró en los de altos ingresos. Es decir: no se empezó a saldar la deuda social. Por el contrario, se agrandó. Hay que repasar los datos de cómo se ha ido acumulando esta deuda social (24).

En épocas de crecimiento económico sostenido los beneficios de ese crecimiento ya se distribuían en forma desigual. La fórmula del «desarrollo dependiente» elevaba el PIB del país, por habitante incluso, pero hacía a este país cada vez más subordinado (lo que produciría efectos catastróficos después) y, además, generaba un incremento de la desigualdad en el reparto. Robert McNamara, en el año 1972 proporcionaba estos datos: en Brasil, el 40 % más pobre percibía en el año 1960 el 10 % del PNB, y sólo el 8 % en el año 1970, y mientras tanto lo percibido por el 5 % más rico pasaba del 29 al 38 %. En México, el 40 % más pobre percibía en el año 1950 el 14 % del PNB, y sólo el 8 % en el año 1969, mientras que el 10 % más rico pasaba del 49 al 51 %. (Por cierto que McNamara, gobernador del Banco Mundial, en aquella ocasión, cuando comparecía ante la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, por supuesto dispuesto a abordar el problema de las crecientes desigualdades locales e internacionales, adelantó que en su opinión no debería perderse el tiempo buscando al «villano de la función». Se trataba, pues, de resolver el problema sin «perder el tiempo» buscando las causas (25).

En las posteriores épocas de depresión la disparidad se acentúa: las clases ricas iberoamericanas trasladan a las clases pobres —y aún a las medias— los efectos perjudiciales de la crisis. Los ingresos de los pobres descienden. Y no sólo en tanto por ciento del PIB, sino también en cifras absolutas: retroceden los salarios reales, retrocede el empleo, retroceden las presta-

(24) Sigo las líneas de la parte final de mi trabajo «Iberoamérica en la polarización internacional riqueza/pobreza», publicado en *Vida Nueva*, Madrid, 4 mayo 1991, pp. 23-30, aligerado en unos puntos, y completado y actualizado en otros.

(25) McNamara, Robert: discurso en la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo Santiago de Chile, 13 de abril a 2 de mayo de 1972.

ciones sociales, lo mismo que los niveles de alimentación y de educación básica o vivienda.

Los estudios del Programa Regional de Empleo de América Latina y el Caribe (PRELAC) de la OIT llevan a esta comprobación: quien está pagando la crisis, quien está pagando el servicio de la deuda externa, no es América Latina entera y proporcionalmente: son las clases populares iberoamericanas.

La crisis no es pagada proporcionalmente por el cogollo social en relación a su apropiación del PIB. Es pagada por los sectores populares. Pero incluso puede afirmarse que el cogollo social aprovecha la oportunidad para apropiarse aún más de lo correspondiente a los sectores pobres y medios, para enriquecerse más. Y para colocar sus nuevas ganancias, no en inversiones locales, sino en depósitos en el Norte: la abrumadora «evasión de capitales». (La clase media, por su parte, produce otra evasión empobrecedora: combate su proletarización con la huida al Norte: la desintegradora «evasión de cerebros» —que abarca ya a los titulados medios y especialistas menores—).

Un estudio del PREALC, de noviembre del año 1989, dice:

«El concepto de "deuda social" que fue esbozado en el año 1987 —PREALC, "Ajuste y deuda social. Un enfoque estructural"— pero instrumentalizado conceptual y cualitativamente en el año 1988 —PREALC, "Deuda social. ¿Qué es, cuánto es y cómo se paga?"— fue la etapa final de un proceso analítico que comenzó en el PREALC en 1983, al inicio de la crisis».

«El libro *Empleo y salarios* señalaba "que como resultado de la desaceleración del crecimiento económico (...), la expansión de la demanda de mano de obra ha caído por debajo del crecimiento de la población económicamente activa de la región" (PREALC, 1983, p. 9). Adicionalmente anotaba la seria situación de los salarios reales, puesto que se identifica ya una tendencia a la caída. El conjunto de mayor desempleo y menores salarios reales llevaba a señalar el carácter recesivo de este proceso».

«Por primera vez en este desarrollo analítico se anotaba que los costos del ajuste recaen más que proporcionalmente sobre los grupos menos protegidos. Se afirma, más aún, que la forma del ajuste produce también un movimiento regresivo, en términos distributivos, o bien por el aumento del desempleo, o por disminución de ingresos de subempleados, o por deterioro en la distribución del ingreso al disminuir las

remuneraciones y la ocupación de los asalariados. Nace así la esencia misma del concepto de "deuda social"» (26).

Podemos decir, pues, que junto a la «deuda externa» con los bancos acreedores, se ha ido acumulando una «deuda social» interna con las clases populares: todo lo que se ha detraído en empleo, salarios y atenciones sociales. Pero no existe ninguna conciencia de esta otra deuda, nadie habla de ella, nadie exige pagarla. No existe un «servicio de la deuda social».

Más precisamente afirma el PREALC en su estudio *Deuda social. ¿Qué es, cuánto es, cómo se paga?*

«El concepto de "deuda social" fue expuesto por primera vez por el presidente del Brasil, Tancredo Neves, en noviembre del año 1984, quien destaca en esta oportunidad el significado, la cuantía y la manera de enfrentarla en su país».

«Una de las principales lecciones que se deriva del análisis del procesos de ajuste reciente en la región, consiste en que el peso del mismo fue absorbido desigualmente por los diferentes grupos sociales. Ante la severa restricción, impuesta por el pago de la deuda externa, en el período se implementaron políticas de corte recesivo que implicaron una reducción generalizada en el nivel de vida. No obstante ello, por la forma en que estas políticas fueron instrumentadas, se detecta que la mayor parte del costo de ese ajuste recayó fundamentalmente en los grupos sociales cuyos ingresos provienen del mercado de trabajo, lo cual significó que sus niveles de vida se deterioran a una velocidad mayor que los del resto de la sociedad» (27).

El PREALC aporta en sus estudios datos precisos:

«La región en su conjunto pierde (...)». «Pero además esta pérdida fue inequitativamente distribuida entre los distintos agentes nacionales. Los empresarios nacionales y el Gobierno aumentaron, aunque levemente, su participación en el ingreso, 3,6 %, y los trabajadores pierden, -3,6 %. A su vez, la mayor participación del capital en el ingreso se tradujo en un incremento excesivo, 9 %, en el consumo de los capitalistas a expensas de una reducción del 6 % en la inversión y en consumo de los trabajadores. De esta manera se conforman los

(26) López M., Cecilia; «Deuda social: esquema diagnóstico y de recuperación». Caracas. Congreso de la Confederación Mundial del Trabajo (CMT), noviembre 1989, pp. 2-3.

(27) PREALC; *Deuda Social ¿qué es, cuánto es, cómo se paga?*. PREALC, Santiago de Chile, tercera impresión, 1989, pp. 1-7.

distintos elementos que constituyen la deuda social generada en los años ochenta» (28).

Por lo demás, se expone en *Deuda social. ¿Qué es, cuánto es, cómo se paga?* (29).

«Los trabajadores no pobres, a su vez, debieron soportar una proporción excesiva del costo de la crisis económica. Esto se evidencia en que su participación en el PIB se redujo desde un 24,9 % en el año 1980 hasta un 21,7 % en el año 1985. Si se adopta el criterio de equidistribución del pago de la deuda social de corto plazo con los grupos en situación de pobreza, la participación de estos sectores en el PIB debería haber alcanzado un 22,2 %. En consecuencia, el sector trabajador no pobre se convierte en un acreedor social, pues debe absorber un costo excesivo equivalente a un 0,5 % del PIB».

«En síntesis, la deuda social de corto plazo, generada durante el período 1980-1985 con el sector trabajador, alcanzó a un 5 % del PIB, de los cuales un 4,5, % debería ser asignado para reducir la pobreza, en tanto el 0,5 % restante debería ser restituido al sector trabajador no pobre para compensar los mayores costos pagados durante el proceso de ajuste».

«Por otra parte, la aplicación del criterio de equidad distributiva en el pago de la deuda social a corto plazo refleja como deudor social al sector capitalista. Éste, cuya participación en el PIB fue del 49,4 % en el año 1980, debió reducirla, de acuerdo al criterio enunciado, a un 44,4 % en el año 1985. No obstante la participación efectiva del sector capitalista en el PIB alcanzó a un 49,4 %, lo cual lo convierte en deudor social por un monto equivalente a un 5 % del PIB. Como fuera indicado anteriormente, esos recursos fueron destinados a financiar parcialmente el incremento del consumo del sector, dado que éste fue el único grupo social que aumentó su nivel de consumo a pesar de la crisis. Dicho argumento se financió con la indicada concentración del ingreso y con la reducción del ahorro y la inversión» (30).

Si se desciende de estos datos generales a capítulos concretos, el detalle resulta aún más sombrío.

(28) López M.; *obra citada*, p. 7.

(29) PREALC; *obra citada*, p. 36.

(30) *Idem*, pp. 38-39.

Las remuneraciones medias reales, según la CEPAL (31), fueron en 1991, sobre una base 100 en 1980:

- De 84,4 en Río de Janeiro (aunque la de Sao Paulo se elevó a 121,4).
- De 77,2 en México.
- De 76,6 en Argentina.
- De 38,7 en Perú.

(Sólo en Colombia, Chile y en Brasil, Sao Paulo muestran algún crecimiento).

En cuanto al salario mínimo real urbano, sobre una base 100 en el año 1980, en 1991 (32):

- En Chile bajó al 95,5.
- En Argentina al 69,9 en el año 1989 —no se aportan datos posteriores—.
- En Brasil, al 62,1.
- En Uruguay, al 61,8.
- En Venezuela, al 47,3.
- En México, al 42,4 (al 50,8 en el año 1989, y al 45,5 en el año 1990).
- En Ecuador, al 35,1.
- En Perú, al 16,8!

(De los países reseñados, sólo en Colombia y Paraguay creció este salario mínimo real urbano) (33).

El PREALC afirma que:

«... en resumen, durante la década de los años ochenta, el empleo aumentó en América Latina 25 %, mientras el ingreso medio de los trabajadores latinoamericanos decrece 30 %».

(Observemos que, si se compara este descenso del 30 % con el descenso del 10 % del PIB por habitante, operado desde el año 1980 hasta el año 1990, podría acercarnos a la identificación clara de la deuda social generada en la región con sus clases trabajadoras. Es evidente que una

(31) CEPAL; *obra citada*, cuadro 6, p. 43.

(32) *Idem*, cuadro 7, p. 44.

(33) Detrás de estos datos aparece la gran motivación, o causa original, el deterioro de la relación de intercambio. Según el mismo informe de la CEPAL (cuadros 11 y 12, pp. 48-49) este deterioro fue en 1991, con relación al año anterior, del 5,2 %. Y el acumulado de 1981 a 1991 del 26,9 %. Puede decirse, a *grosso modo*, que los precios de productos esenciales de exportación como el azúcar crudo y el estaño bajaron a un tercio entre 1981; el cacao, el café suave y el petróleo bajaron a la mitad, y el maíz, el trigo, la lana y el plomo en un tercio. La relación entre los intereses totales devengados por la deuda externa (que a finales de 1991 ascendía a 426.285 millones de dólares) y las exportaciones de bienes y servicios fue en este año del 22,3 %. *idem* cuadro 18, p. 55.

parte de esta deuda social ha servido para pagar el servicio de la deuda externa, pero otra parte ha servido para incrementar la riqueza de las clases ricas).

La educación básica sufre también una caída, dado que las partidas disponibles para este capítulo son menores, no se paga mínimamente al magisterio, o se le mantiene con sueldos miserables, lo que produce deserción y fuga hacia la enseñanza privada, con el resultado final de aumento del analfabetismo.

Es algo que se da ya en algunos países concretos y en los últimos años, lo que pone en peligro el enorme esfuerzo hecho por Iberoamérica en años anteriores, esfuerzo que consiguió hacer descender el porcentaje de adultos analfabetos del 42,2 % en 1950 al 16,9 % en el año 1985 —contra el porcentaje todavía del 53 % en África y del 41 % en Asia— (34).

La sanidad pública corre igual camino: disminuyen y se deterioran las prestaciones.

Dice el PREALC:

«Entre 1980 y 1985 el gasto público promedio (simple) aumentó su participación de 24 % a 27 % del PIB, mientras que, por ejemplo, la participación del gasto en educación y en salud en el gasto total se redujo del 26 % al 23 %, lo que significó una reducción en el gasto por persona en esos sectores del 9 %. Contrariamente a lo esperado, las políticas sociales no tuvieron carácter enticíclico, magnificando los efectos regresivos del ajuste».

«Lo anterior se agrava por la forma en que se financió el mayor gasto público. Por un lado, el aumento en el déficit fiscal se tradujo en un impuesto-inflación que recae con mayor peso sobre los grupos más pobres. Por otro lado, el aumento en la participación de los impuestos indirectos en el total de ingresos tributarios del 56 % al 59 % entre el año 1980 y el año 1985 torna más regresiva la carga tributaria. En definitiva, por ambas vías el Gobierno en lugar de compensar reforzó el carácter regresivo del ajuste económico» (35).

La alimentación desciende en riqueza y variedad, aumenta el índice de desnutridos.

(34) Revel, Jean François: «La nueva frontera de la hispanidad». en *Diario Las Américas*, Miami, 6 septiembre 1987.

(35) PREALC; obra citada pp. 26-27.

Según el *Anuario Estadístico* de la CEPAL, del año 1987, la «disponibilidad de calorías» por habitante y día solamente en Argentina y Uruguay —tradicionales productores de carne— superaba la mínima cantidad de las 2.500. El resto quedaba por debajo, en la subalimentación como media. Dado el inmenso desequilibrio distributivo, puede imaginarse el nivel de alimentación de los sectores más desfavorecidos. (El consumo medio en el Norte de la humanidad es de 3.380 calorías. En el sur americano es de 2.495.)

Y, como resultado final, la mortalidad —y, sobre todo, la infantil, aumenta. Parece increíble, pero esos son los datos. Se ha empezado a perder el avance de los decenios anteriores. Un ejemplo ¡de Argentina! el 17 de abril del año 1990, un diario bonaerense informaba:

«Los índices de mortalidad infantil que fueron reduciéndose desde el 81 por mil en el año 1944 hasta llegar a un 26,9 en el año 1986, han comenzado a subir, producto de la crisis económica y de la ineficiente atención a la salud, hasta llegar a una estimación actual que calcula el nivel de mortalidad infantil en 30 por mil de la población menor de un año» (36).

Un despacho de la agencia Efe desde Brasilia, del 30 de junio de 1986, informaba:

«De 1982 a 1984, la mortalidad infantil se incrementó en Brasil en un 25 por mil, pasando de 93 muertos por mil nacidos vivos a 116 por mil según un estudio del Ministerio de Salud». Informa *Jornal de Brasil* de ayer que basándose en tales cifras «un asesor del presidente de la República hizo una estimación aún más alarmante: este año Brasil podrá registrar un índice de 130 por mil muertos por cada mil nacidos vivos» (37).

En resumen, y como ya se ha dicho, el número de pobres tiende a crecer y no a disminuir. Tokman calcula que para el año 2000 aumentará este número hasta alcanzar alrededor de los 240 millones (38).

Pueden servir de colofón las palabras del destacado economista mexicano, actual embajador de su país en España, Jesús Silva-Herzog, quien, al destacar los logros y éxitos del ajuste económico de México en los últimos años, en un artículo publicado en Madrid hace unos meses, añade:

(36) *La razón*, Buenos Aires, 17 abril 1990.

(37) Efe, desde Brasilia, 30 junio 1986 (en *Diario Las Américas*, Miami, 1 julio 1986).

(38) Tokman; *obra citada*, p. 94.

«Sin embargo, no existe, que yo sepa, un programa de ajuste sin costo social. México no ha sido la excepción. El salario real de la mayoría de los trabajadores ha descendido en los últimos ocho años y se ha provocado un deterioro sensible en los indicadores de salud, vivienda, nutrición y población» (39).

La «utopía posible»: integración, crecimiento y redistribución

Parece, pues, que la realización de un proyecto iberoamericano propio, que no se pliegue al modelo que el Norte ofrece hoy como único viable —desde la perspectiva de sus propios intereses— obliga a procesos de:

- Integración (económica y política).
- Crecimiento económico.
- Redistribución social de la riqueza.

Pero obliga a la simultaneidad en los tres aspectos, a considerarlos como un mismo proceso, en el que cada una de estas vertientes exige necesariamente a las otras dos, en el que ninguno puede posponerse a los otros, en el que ninguno tampoco puede considerarse como una etapa previa necesaria para el despliegue de los otros.

La necesidad de desarrollo no es discutible. La necesidad de integración parece que se ha impuesto y que se están dando los primeros pasos, subiendo los primeros escalones subregionales. Queda la necesidad de la redistribución, ella es:

- 1) Absolutamente obligada por imperativo de justicia.
- 2) Heterodoxa, por supuesto para las imposiciones del Norte divinizador del mercado.
- 3) Posible.

Víctor E. Tokman se pregunta en un estudio reciente, efectivamente, sobre esta posibilidad, sobre si cabe superar la pobreza —como también lo hace tesoneramente el PREALC—. Y se contesta que sí es posible, y más fácil que en Asia del Sur o en África. Según el Banco Mundial, Bastaría con transferir el 0,7 % del PIB («equivalente a un impuesto del 2 % sobre las rentas del 20 % más rico de la población»). Para el PREALC, a fin de conjugar la deuda social acumulada en la última década, habría que destinar alrededor del 5 % del PIB. Pero, en todo caso, ello debe ser acompañado,

(39) Silva-Herzog, F., Jesús: «Así se forma el nuevo México», en *Cambio* 16, Madrid, 5 agosto 1991, p. 55.

imprescindiblemente, de un sostenido crecimiento económico (40). Como señala Tokman:

«... la experiencia indica que el crecimiento económico constituye condición necesaria para enfrentar la pobreza. El mismo, sin embargo, no es suficiente y logra la mayor efectividad cuando se acompaña de una mejora en la distribución del ingreso» (41).

La población de los países iberoamericanos no puede soportar mucho más tiempo —no lo puede soportar ya— el fenómeno actual de la redistribución regresiva de la riqueza, que se produce con la aplicación «pura y dura» de la ortodoxia neoliberal. Iberoamérica —sus pueblos— clama por una política de redistribución socialmente progresiva, y se va tiñendo por ello de brotes y estallidos de protesta airada.

Por sí, y por su función en el mundo internacional, está obligada a relanzar, precisar, realizar y proponer su propia utopía.

Como recuerda Xavier Gorostiaga:

«Pensar y analizar alternativamente en estos tiempos del cólera produce angustia y dolor. Pero mientras el pensamiento no se angustie y duela habrá crisis de ideas y sobre todo de alternativas. Se le estaría dando la razón a Fukuyama de que en política puede seguir, pero la historia ideológica ha terminado.»

«Esta utopía como visión en plena crisis es necesario ante el totalitarismo tecnológico, que no deja margen al futuro ni a la esperanza que no se someta a sus parámetros. La crisis de civilización no es un concepto sino una realidad que necesita de nuevo una "síntesis histórica".»

«Puede aparecer como romántico por nuestra parte el considerar que en el año 1992, a 500 años del inicio de la Historia Universal, que América Latina como "continente mestizo de síntesis raciales, culturales e históricas", pudiera ofrecer la oportunidad de iniciar este proceso. Entre la esperanza y el desastre: así puede calificarse la dialéctica de sentimientos encontrados que nos envuelve en esta coyuntura. Pablo Neruda plasmó magistralmente este mismo sentimiento al exclamar: "Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera"» (42).

(40) Tokman; *obra citada*, pp. 83-87.

(41) *Idem*, p. 89.

(42) Gorostiaga; *obra citada*, p. 99 (los subrayados son míos).